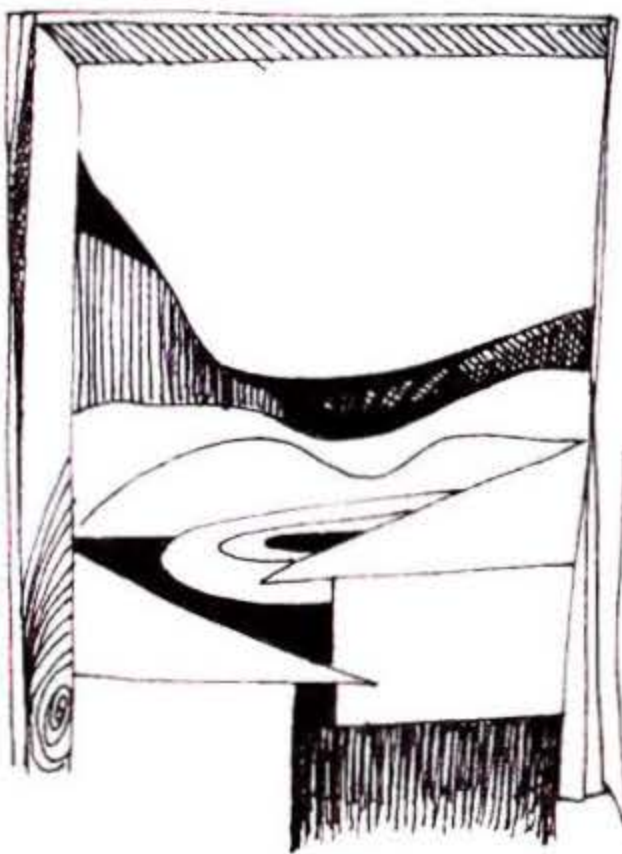


dad para erigirse en portavoz de lo público y configurar lo político más allá de lo estatal, el autor propone los análisis de Jürgen Habermas sobre lo que éste denomina "publicidad burguesa" o de Norbert Elías y su concepto sobre el 'proceso civilizatorio'.

Finalmente, en el octavo capítulo, Timothy E. Anna aborda el caso mexicano, que logra dar vigencia nuevamente al problema regional en la construcción de la nación. Se parte de reconocer la actualidad de este país, pues, después de muchos años de dominación unipartidista, México se enfrenta en años recientes a un proceso de cambio radical en su estructura política y se da por descontado que también económica.



Ante la inminencia del paso de un período de estabilidad a otro de profunda inestabilidad presupuestada, algunos sectores han hecho una revisión histórica que pretende alertar sobre las nefastas implicaciones que tendría la probable autonomía de las regiones que se estima sobrevendrá. Anotan estos observadores que una situación semejante ya fue vivida por México en los años subsiguientes a la declaración de Independencia, un período en que las ideas federalistas lograron debilitar la estabilidad y el espíritu nacionalista característico de la sociedad mexicana.

El autor, sin embargo, se sitúa en una perspectiva totalmente opuesta a la anterior, y a partir de múltiples ejemplos históricos señala cómo el

argumento expresado corresponde a la visión particular y acomodada de una estrecha clase dominante, y que el federalismo en realidad fue el germen que logró dar vida a la nación mexicana en cuanto históricamente su territorio se ha caracterizado por la extrema diversidad de etnias, culturas y concepciones que forman la nación. La nación mexicana, argumenta Anna, debe su origen, solidez y orgullo al pacto logrado por las múltiples etnias y territorios que la conformaron, mientras que el centralismo y el nacionalismo, distinto de los núcleos de la nación, son su potencial enemigo.

De esta manera el autor pone al descubierto un "metadiscurso nacionalista" que hace de las regiones una leyenda negra, que adjudica a las localidades haber impedido la consolidación de la formación nacional, cuando éstas son su savia misma.

JUAN CARLOS JURADO

Protestas y protestas

**Rupturas y continuidades.
Poder y movimiento popular
en Colombia, 1968-1988**

Leopoldo Múnera Ruiz

Iepri, Universidad Nacional de Colombia, Cerec, Bogotá, 1998, 501 págs.

El de los movimientos sociales en Colombia es uno de esos temas continuamente citados en la literatura social de nuestro país, pero en la mayor parte de los casos no deja de ser una referencia retórica de acuerdo con las modas intelectuales en curso o dictada por las necesidades que ciertas ONG tienen de justificar el ingreso de dólares para sus "objetos de estudio", frecuentemente asociados con los supuestos o reales "nuevos movimientos sociales". En verdad, hasta ahora son escasas las investigaciones realmente serias sobre los movimientos sociales contemporáneos en nuestro medio, por

lo que puede considerarse que el libro de Leopoldo Múnera intenta llenar este vacío. El libro es el resultado de una investigación sistemática realizada durante varios años y presentada como tesis de doctorado en la Universidad de Lovaina.

En la primera parte del trabajo, el autor hace una prolija exposición teórica sobre los presupuestos básicos a partir de los cuales fundamentará su análisis del caso colombiano, apoyándose en los debates más recientes que se han adelantado en diversos lugares del mundo (principalmente en Europa occidental) sobre los movimientos sociales y la protesta popular. En esta parte el autor pasa revista, mostrando un gran conocimiento de la literatura especializada, a las diversas perspectivas teóricas a partir de las cuales se analizan los movimientos sociales, concentrándose en el análisis funcionalista de las conductas colectivas (Neil Smelser y William Kornhauser), el paradigma teórico de la movilización de recursos (Mancur Olson y Anthony Oberschall) y la sociología de la acción (Alain Touraine). Seguidamente pasa a precisar el caso de lo que denomina "el movimiento popular", al que caracteriza como "un tipo particular de movimiento social, generado por el proceso de articulación de acciones y actores, colectivos e individuales, pertenecientes a las clases populares o reunidos en función de ellas, dirigido a controlar y orientar uno o varios campos sociales en conflicto con las clases y los sectores dominantes, o con una parte de ellos" (pág. 65). Es interesante resaltar que, aunque el autor conoce y utiliza en su análisis aquellas teorías posmodernas o cercanas al posmodernismo (como la de Laclau y Mouffe), sin embargo no se deja doblegar por el peso de las modas, enfatizando la importancia —aunque él la matice— de nociones clásicas del análisis social, como la de clases sociales, a las que concibe como el elemento nuclear en su particular concepción del movimiento popular. Ahora bien: Múnera Ruiz reivindica la noción de pueblo como complementaria a la de clase social,

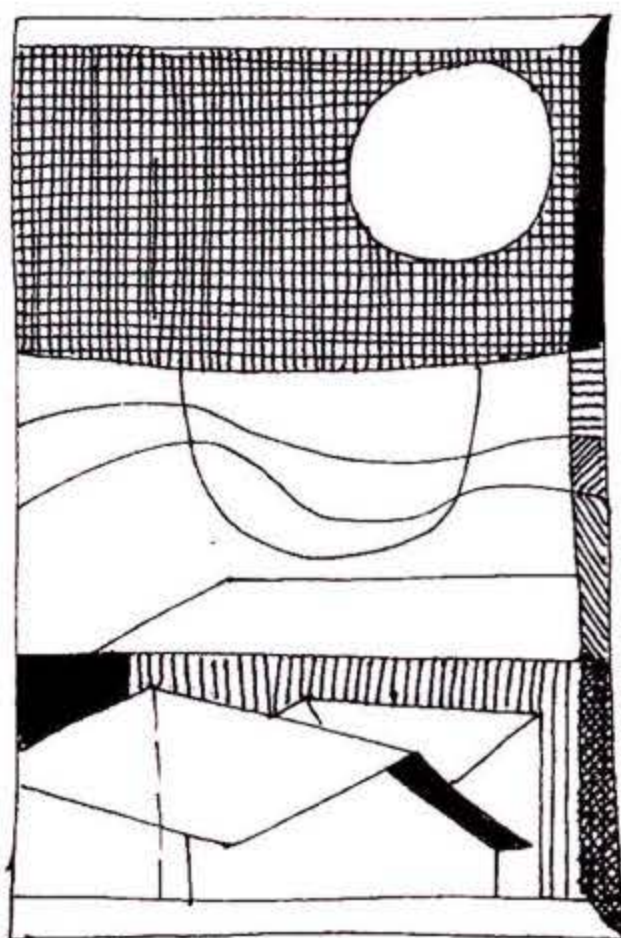
entendido como una categoría de rai-gambre anarquista que implica “un conjunto de agentes sociales sometidos al nivel de lo estructural a una dominación económica, política, de género o cultural [...] que no está limitada, aunque la incluye, a la relación de poder entre las clases” (pág. 78). Esta noción de pueblo, nos dice el autor, permite reconocer la especificidad de diversas luchas sociales y no reducirlas al conflicto entre dos clases. Justamente, en razón de la complejidad de lo social, y de la diversidad de relaciones de dominación, subordinación o explotación, el autor considera que es mejor hablar de movimiento popular antes que de movimientos sociales en general. El término *movimiento popular* es mucho más concreto y permite precisar el alcance de la denominación *clases populares*, las cuales forman parte de una relación social específica que permite asociarlas con los problemas de género y con la producción de bienes simbólicos.

La segunda parte de esta larga introducción teórica está dedicada al problema del poder, el cual es analizado considerando tres dimensiones fundamentales de los movimientos sociales: “ámbito concreto de relaciones sociales, proceso de articulación entre actores individuales y colectivos y acción colectiva en la que persisten el sentido, la racionalidad instrumental y lo simbólico afectivo” (pág. 85). Con algún detalle se analiza cada uno de estos aspectos, para concluir que el poder debe ser considerado como una relación social y, en este caso, su importancia estriba en que los movimientos populares ofrecen un “escenario privilegiado para el estudio del poder como relación social” (pág. 119).

Esta parte teórica es de por sí bastante amplia y compleja, por lo que bien habría podido convertirse en un texto aparte. Debido a su alto nivel de abstracción en un libro de esta naturaleza, habría podido ser resumida en unas cuantas páginas, pues en realidad se necesita un gran esfuerzo para poder asimilarla y comprenderla. Hubiera sido de mayor utilidad, y de menos sacrificio para

el lector, el que se hubiera presentado una muy breve síntesis de los principales aspectos teóricos que guiaron la investigación antes que esa exhaustiva discusión sobre los movimientos sociales, que recarga y dificulta la lectura.

La segunda parte, que constituye la investigación específica sobre Colombia en el período 1968-1988, está dividida, a su vez, en cuatro grandes apartados: el primero se consagra a los procesos de mutación; el segundo al estudio del movimiento campesino y más concretamente de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc); el tercero al movimiento sindical, y el cuarto a los movimientos cívicos y urbanos.



En cuanto al tema de los procesos de mutación, el autor hace unas consideraciones generales sobre la evolución histórica del país desde finales de la década de 1950, tras el fin de la dictadura de Rojas Pinilla. Allí se presenta un interesante relato sobre el Frente Nacional, su carácter excluyente, las funciones del bipartidismo, el papel asumido por el Estado colombiano en este período, el régimen del estado de sitio, el rol de los militares en la vida política, la concentración económica y el modelo de desarrollo cepalino, etc. Un hecho interesante es que el autor se niega a plegarse a las explicaciones más tradicionales dentro del ámbito académico actual, que

en vista de haber arriado las banderas de la crítica se han plegado a las explicaciones más convencionales del propio bipartidismo, como sucede con tanto politólogo, sociólogo, historiador o economista converso que hoy por hoy aplaude la “inteligencia” de los constructores del Frente Nacional. Pues bien: contra la corriente, Múnera Ruiz nos propone un análisis pormenorizado y novedoso de esta fase de la vida colombiana contemporánea. El autor recuerda y recalca algo que parece haberse olvidado en estos momentos: el Frente Nacional fue un acuerdo bipartidista intolerante, represivo y excluyente que se rubricó mediante el uso de la fuerza contra todos sus oponentes políticos. En este proceso ha sido fundamental la adscripción clientelista que se ha convertido en la forma fundamental de “hacer política” por parte de los partidos. Los mecanismos que adoptaron los usufructuarios del clientelismo para controlar a los opositores fueron dos viejos procedimientos de la vida política colombiana durante el siglo XX: el anticomunismo y el miedo al pueblo. Sin duda alguna, el aporte más importante de esta parte del libro es el estudio de la izquierda (págs. 157-197). Y aquí Múnera deslinda campos con los analistas de “centro” (como Eduardo Pizarro y Fabio López) que ahora, desde las filas de una investigación académica muy próxima al establecimiento, realizan balances morales sobre la intolerancia de la izquierda, centrándose solamente en este aspecto —y ellos se niegan prácticamente a decir algo sobre la intolerancia bipartidista— y no en los intentos de construcción de un proyecto diferente al bipartidista del Frente Nacional. Con detalle y mucho cuidado, Múnera describe la historia de esa izquierda, incluso revelando fuentes, a menudo ocultas por otros analistas, en razón de que algunos de esos libros fueron producidos por militantes convencidos y confesos. A diferencia de los “teóricos” que estudian la izquierda colombiana —que comparten muchos de los presupuestos de la *Utopía desarmada*— nos dice

Múnera que el problema de la izquierda en Colombia no fue ni la temprana militarización ni su intolerancia, sino que subvaloró la importancia de los partidos tradicionales y del Estado colombiano (pág. 167). Esto, además, se expresó en la incapacidad para ampliar su radio de legitimidad más allá de unos prosélitos convencidos, que constituían muy pequeños reductos de militantes convencidos y fieles. Uno por uno se estudian las organizaciones de izquierda desde el PCC hasta los grupos marxistas-leninistas, los primeros grupos guerrilleros, el MRL, el Moir, las fracciones trotskistas y el M-19. Rompiendo otra vez con las miradas tradicionales sobre la izquierda, Múnera demuestra que la influencia de las izquierdas fue importante entre sectores de obreros, campesinos y pobladores urbanos, y que no puede ser reducida a un mero grupúsculo de intelectuales de cafetería... aunque, desde luego, también los hubo. "En la izquierda confluyeron diversos actores sociales: la juventud universitaria [...], intelectuales sin filiación partidista; militantes de organizaciones sindicales [...]; sectores del campesinado; y guerrilleros liberales o comunistas..." (pág. 195).

Y es en este contexto donde las diversas izquierdas cumplen una importante función como aglutinadoras del descontento suscitado por el Frente Nacional y por el cierre de los canales de expresión política. El autor vincula la izquierda al movimiento popular, considerando el carácter ambivalente y contradictorio de esa relación tanto para la izquierda como para el propio movimiento popular. Desde luego, la radicalización y el protagonismo del movimiento popular desde los años sesenta no se debió solamente a la acción de la izquierda, pues allí también actuaron sectores de la burocracia estatal y participaron distintos actores populares en momentos de ampliación de las expectativas económicas y sociales. En las últimas secciones de esta parte, Múnera describe la forma como distintos sectores del movimiento popular (campesinos, sindicalistas y dirigentes cívicos)

adquirieron las características principales que les dieron identidad durante este período. Ésta es una especie de introducción a los tres temas que desarrollará a continuación.



En el capítulo dedicado a la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc), sin duda la organización gremial de tipo agrario más importante de la historia colombiana, se estudian las condiciones específicas en que confluyen lo gremial y lo político, destacando la evolución de la política agraria del Estado colombiano y la manera como va a influir en el surgimiento y desarrollo de la Anuc. Se describe de manera sintética el curso de la lucha de los campesinos, destacando la toma de tierras y las discusiones de los Congresos Campesinos. En el centro del análisis de Múnera se observa la preocupación por explicar el tipo de relaciones entre la Anuc y las distintas organizaciones políticas de izquierda, así como por considerar las implicaciones de la política reformista y de control impulsada por el gobierno de Carlos Lleras Restrepo. Esta doble dimensión analítica le permite a Múnera la comprensión de la complejidad de lo que él denomina "el campo relacional en conflicto" en el interior de la Anuc, caracterizado por tres tipos de relaciones sociales: articulación entre funcionarios del Estado y diferentes capas del campesinado; confrontación con los terratenientes, para lograr una mejor dis-

tribución de la tierra; y exclusión de la izquierda porque el Estado pretendía inscribir a la Asociación de campesinos en sus políticas de desarrollo capitalista (págs. 275 y sigs.). Otro punto clave del análisis es el relativo a la identidad política y social del movimiento campesino. A medida que como usuarios se separaban del Estado, los campesinos asumían una identidad como clase y, en vista de la ofensiva terrateniente, necesitaban elaborar su propio discurso político por fuera de los partidos tradicionales, y aquí es donde confluyen con el discurso de las izquierdas de la época. En este tipo de análisis, Múnera es bastante fino, sin caer ni en las generalizaciones simples ni en esquematismos. En sus propias palabras, "es el desenvolvimiento mismo del movimiento campesino y la necesidad de encontrar un nuevo contexto de legitimación, el que lleva a la formación de discursos argumentativos, explícitos y autónomos frente al Estado, y no la simple voluntad de la izquierda" (pág. 290). En otros términos, la influencia de la izquierda en el movimiento campesino no se da solamente por los intereses partidistas de los militantes sino que se inserta en las necesidades internas de los campesinos, que se convierten en actores indispensables para realizar acciones colectivas. El problema consistió en que cada organización de izquierda se veía legítima en sí misma sin asumir el reto de dotar al campesinado de un "universo de sentido" y de construir consenso, lo que llevó a la división del movimiento social en concordancia con las múltiples divisiones de la izquierda.

En el capítulo dedicado al movimiento sindical, Múnera sigue la misma metodología desarrollada en su tratamiento de la Anuc. En primer término hace unas consideraciones generales sobre la política laboral del Estado colombiano durante el Frente Nacional, la evolución económica del período y su impacto en el movimiento huelguístico.

También estudia el sindicalismo, mostrando la diversidad de corrientes que se fueron gestando en su in-

terior. Destaca las razones que fueron separando a amplios sectores del movimiento sindical de las burocracias tradicionales, principalmente de la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC) y de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC). Entre esas razones sobresale el peso del sector público, en donde se desarrolla el sindicalismo más combativo y más influido por las distintas organizaciones de izquierda. Precisamente por la importancia que fue cobrando el sindicalismo influido por la izquierda, el Estado entra a considerarlo como parte de una estrategia militar de los grupos armados, algunos de los cuales lo percibían como un elemento esencial de su lucha por la toma del poder. Durante los gobiernos de López Michelsen y Turbay Ayala, esta concepción, directamente derivada de la doctrina de seguridad nacional, va a ser empleada para reprimir y perseguir a los sindicatos más combativos y a sus cuadros más lúcidos. Esta acción represiva del Estado expresa una clara diferenciación con el movimiento campesino, que sí encontró en el Estado —al menos cuando surgió la Anuc— un aliado, mientras que el sindicalismo se vio obligado a enfrentarlo directamente.

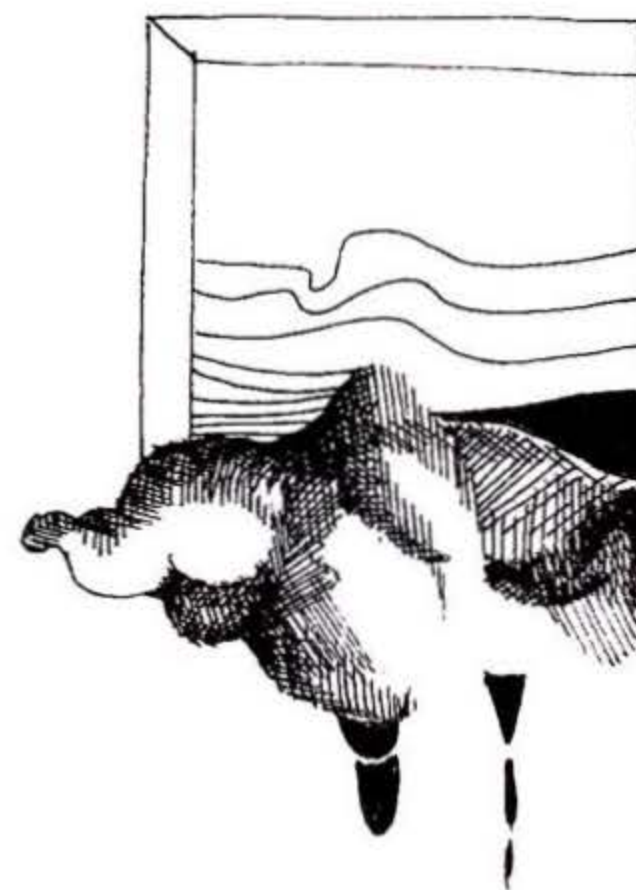


Con detalle Múnera describe la manera como la izquierda fue influyendo en el movimiento sindical y

las estrategias adoptadas para subordinarlo. Destaca las pugnas internas y la fragmentación que originaron los enfrentamientos entre la izquierda en el seno del sindicalismo independiente, lo que fue configurando un panorama singular: “A medida que la izquierda iba ganando terreno dentro del sindicalismo colombiano, las identidades políticas de sus militantes se formaban al mismo tiempo que las identidades sociales de los obreros y con frecuencia se confundían con ellas” (pág. 370). La concepción marxista de la izquierda, que resaltaba el papel de la clase obrera como vanguardia de la revolución, dotó no sólo de identidad gremial a los trabajadores sino de identidad como clase, lo que les dio a los trabajadores una imagen positiva de sí mismos, algo que no es poca cosa, si se recuerda que en Colombia ser obrero tiene connotaciones negativas. Lo que resultó contradictorio en la acción de la izquierda es que, aunque revitalizó a la clase obrera en el plano de su lucha reivindicativa, no fue capaz de dotar a los obreros de una identidad política que los llevara “a representarse a sí mismos como los sujetos principales de la revolución social” (pág. 373). Con gran esmero el autor analiza todas las implicaciones de esa compleja relación entre izquierda y sindicatos, sin caer en los análisis anticomunistas y antisocialistas propios de la intelectualidad académica contemporánea. Muestra, con mucho tacto, los efectos positivos y negativos de esa relación y sus consecuencias para la vida política colombiana de los años setenta. Por eso su análisis se cierra con el estudio del paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977.

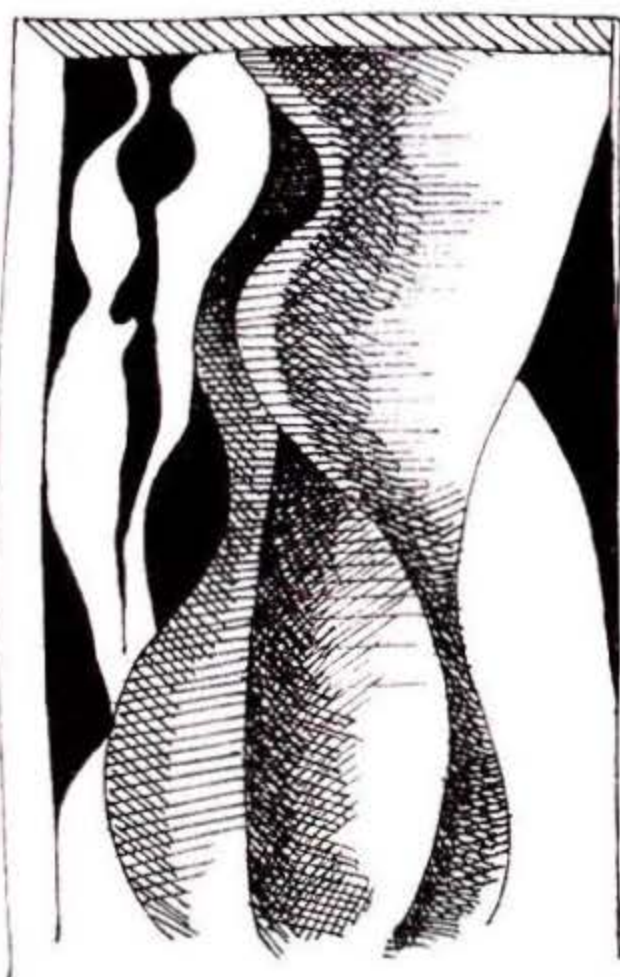
El último capítulo del libro está consagrado al tema “Ciudades y pueblos en movimiento (1978-1988)”. En principio considera las diversas connotaciones del término *cívico*, concluyendo que su importancia radica en que fue adquiriendo significados positivos en razón de que en torno a lo cívico se fueron gestando acciones de lucha directa tendientes a satisfacer nece-

sidades básicas y a tener un reconocimiento como ciudadanos. En forma breve se ocupa de los paros cívicos, los que se desarrollan principalmente por obtener servicios públicos o por mejorar su calidad y su cobertura. En forma rápida se refiere a la relación entre estos paros y el movimiento sindical y la izquierda, mostrando el carácter ambiguo de esa relación, en el que predominaron dos lógicas: mientras que las grandes confederaciones obreras centraron la acción cívica en los paros obreros, las organizaciones locales y regionales combinaron las huelgas con las protestas cívicas. En un lado predominaba el gremialismo o el partidismo de izquierda, mientras que en el otro, por el aislamiento, las luchas se fragmentaron y adoptaron comportamientos desconectados de la realidad general de la sociedad colombiana.



Para entender el contexto de las luchas cívicas, el autor hace un largo paréntesis, encaminado a mostrar las condiciones estructurales de la sociedad colombiana y de la política estatal que explican este tipo de movilización popular. Para ello analiza los planes de desarrollo y las características de lo que él denomina hibridación económica predominante en la sociedad colombiana, mostrando la forma como se acentuaron la pobreza absoluta y la concentración económica, se reforzó la hegemonía del capital financiero,

aumentó la concentración de la propiedad agraria y esto, aunado a la violencia, generó nuevas oleadas migratorias hacia las ciudades. A la par, la violencia se intensificó y diversificó, lo que tuvo como consecuencia que las acciones cívicas estuvieran signadas tanto por la represión del Estado como por la presencia de distintos actores del conflicto armado, lo que les confirió unos matices singulares que no pudieron escapar a las influencias de la lucha armada y a las estrategias múltiples de los grupos guerrilleros. Es de anotar que este contexto, necesario para entender el surgimiento de las luchas cívicas en Colombia en las décadas de los setenta y de los ochenta, debería comenzar el capítulo y no estar colocado entre los paros cívicos, y los movimientos cívicos no sólo porque desubica al lector sino porque muestra una inexplicable ruptura entre dos tipos de fenómenos directamente encadenados. Ésta es una de las pocas fallas que, a nuestro parecer, tiene la estructura del libro.



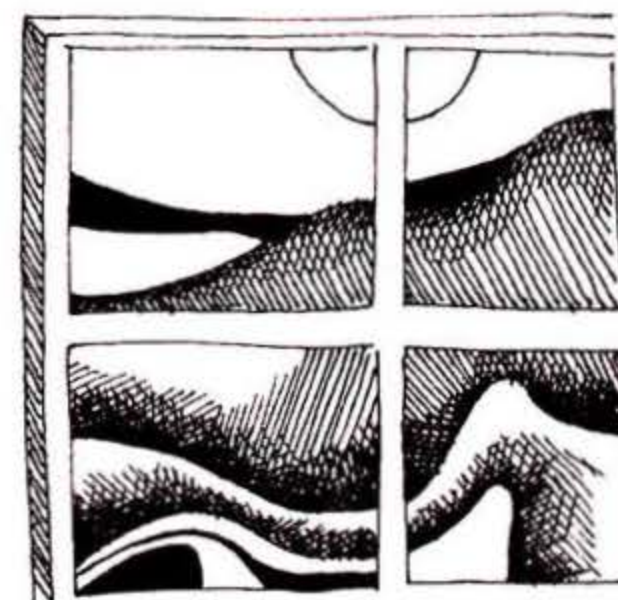
En el penúltimo párrafo del libro se analizan las características de los movimientos cívicos que tendrán una gran importancia en la protesta social colombiana desde los años ochenta. Por *movimientos cívicos* entiende el autor a una serie de acciones colectivas coordinadas que buscan la satisfacción de ne-

cesidades sentidas de un amplio conjunto de la población. Este tipo de movimientos cívicos se va a organizar en distintos lugares de la geografía colombiana, adquiriendo algunos de ellos una presencia local y en otros casos regional o departamental. Las características distintivas de este tipo de movimiento son: la heterogeneidad de los actores en cuanto intereses sociales y políticos y pertenencia de clase; el amplio espectro de las reivindicaciones en juego; la creación de diverso tipo de identidades locales y regionales; el reclamo por participar en la gestión y el manejo de recursos propios; el rechazo a la política tradicional de los partidos y de las organizaciones de izquierda, etc.

Pese a la importancia que tuvieron los movimientos cívicos en la vida nacional durante un decenio, a comienzos de los años noventa su importancia se había diluido. Para Múnera, y éste es un punto que no desarrolla suficientemente, las razones de tal estancamiento se encuentran en la imposibilidad de construir un discurso político general para la sociedad colombiana, que superara el localismo y el regionalismo y, además, las prácticas de los movimientos cívicos, no eran suficientemente claras como para enfrentar la arremetida neoliberal, pues el neoliberalismo plantea como uno de sus elementos estratégicos el paso de las responsabilidades centrales del Estado a las comunidades; la represión estatal y privada contra el movimiento cívico popular, así como la eliminación de buena parte de la izquierda política, también contribuyeron a resquebrajar la lucha cívica directa; y, finalmente, el Estado, a través de las organizaciones no gubernamentales (ONG) canalizó la protesta cívica para neutralizarla institucionalmente, despojando a las luchas locales y regionales de su potencial transformador, al aceptar la elección popular de alcaldes y gobernadores y la descentralización fiscal.

En fin, este libro es un aporte esencial al conocimiento de la historia colombiana más reciente, reno-

vador porque rompe con los lugares comunes del análisis académico respecto a las complejas relaciones del movimiento popular con la izquierda y a las mismas particularidades de los diversos actores sociales (tales como los campesinos, los obreros y los luchadores cívicos). Para su elaboración, el autor recurrió a una amplia variedad de fuentes primarias y secundarias, considerando los más disímiles aspectos analíticos, por lo cual puede considerarse como un muy buen ejemplo de un estudio hecho a partir de la categoría de *totalidad*, pues su autor involucra economía, política, sociología e historia. Además, se emplean a fondo fuentes testimoniales que recogen la voz de los protagonistas de las luchas sociales desarrolladas en Colombia desde los años sesenta hasta finales de los ochenta. Muchas de esas voces ya han sido acalladas a sangre y fuego y otras, la mayoría, han solicitado permanecer anónimas para evitar los embates de los enemigos de la protesta popular. Desde el punto de vista de la estructura, a pesar de todos sus méritos, nos parece que el autor abusa de las citas a pie de página, las que no son utilizadas como referencias sino que en ellas se transcriben informaciones a menudo muy largas y pesadas. Con todo el rigor y la seriedad del texto, creemos que no era necesario recurrir a esta técnica, pues de sobra están argumentados los diferentes aspectos considerados.



Otro gran mérito del libro radica en que su autor no se ubica por fuera de las trincheras de la lucha social y popular, sino que con pasión —que

no se opone a la razón y a la seriedad analítica— reivindica las acciones de la población pobre y sufrida de Colombia como uno de los vehículos claves de su democratización real. Por eso la derrota histórica de los movimientos populares en este martirizado país ha significado un revés histórico para todos aquellos que propugnan la construcción de un país genuinamente democrático que dé cabida a las mayorías de color oscuro y mestizo y que permita vivir dignamente a obreros, campesinos, negros, indígenas y mujeres pobres.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

¿No era tan boba?

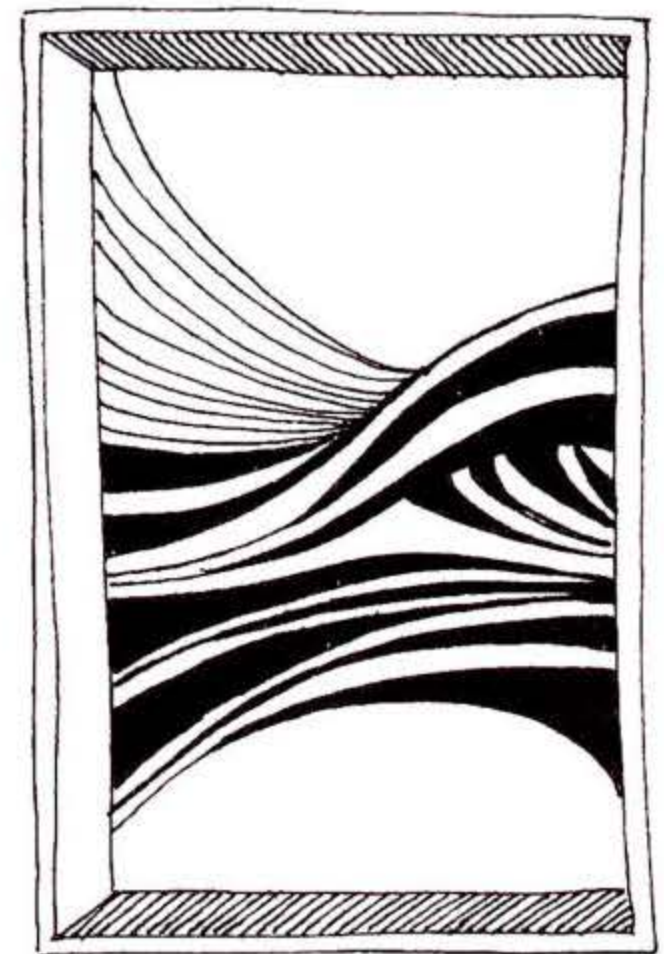
La Patria Boba

Javier Ocampo López
Editorial Panamericana, Bogotá, 1998,
139 págs.

Al abrir este cuadernillo de historia, uno querría saber de dónde viene el nombre de Patria Boba. En la introducción, el autor nos dice que el nombre fue acuñado por Antonio Nariño en su periódico Los Toros de Fucha, en 1823. ¿En qué contexto? Armando Martínez, en *El legado de la Patria Boba* (1998), refiere que la expresión no se debe a los historiadores, sino “a los periodistas de la década de 1820 que disputaban con Antonio Nariño en el contexto de una ‘conciencia culposa’ por los errores de táctica cometidos en la década anterior por los ejércitos de Cundinamarca y del Congreso”. La explicación que nos da Ocampo es la misma que nos recitaban en el colegio: “Las constantes luchas internas y la sencillez ante los problemas, muchos de ellos simples y sin ninguna trascendencia nacional, llevaron a pensar en la llamada desde entonces Patria Boba”. ¿La sencillez ante los problemas? ¿Quiere decir que las cuestiones que afrontó la

Primera República eran banales? En las reflexiones finales, el autor escribe: “Los problemas de la Primera República granadina son fundamentalmente de índole provincial” (pág. 102). Sin embargo, concluye que la Patria Boba no era tan boba, “fue el crisol, en donde se manifestaron los problemas de un Estado-Nación, nuevo en las áreas democráticas del mundo”. ¿Cómo podrían, pues, ser simples y banales, provinciales, los problemas que se afrontaron entre 1810 y 1815 con la insurgencia revolucionaria? Nos parece que la ambigüedad misma está sembrada en los orígenes del movimiento independentista, tal como los relata Ocampo: “Así, se instauró en la Nueva Granada el movimiento autonomista del gobierno, representante de la monarquía, con una independencia total en sus decisiones; conservando de todas maneras estos dominios para ‘el deseado Fernando VII’”. Más adelante agrega: “Este cambio no significaba alteraciones en la forma de gobierno, ni en la estructura social. Se conservaban la monarquía, los privilegios y la jerarquización de la sociedad”. Esta tendencia fue promovida por las juntas de gobierno autonomistas, centradas sobre todo en Santafé, “presentando como derecho la reasunción de la ‘soberanía popular’ y el reconocimiento del monarca Fernando VII”. Pero si el pueblo nunca había sido soberano en la colonia, ¿qué sentido tiene hablar de la reasunción de la “soberanía popular”? ¿Qué hay detrás de esta aparente ambigüedad? Ocampo no lo explica. John Lynch, en *Revoluciones hispanoamericanas* (1973), nos da una luz: “Cuando la monarquía sufrió un colapso en 1808, los criollos no podían permitir que se prolongara el vacío político; actuaron rápidamente para anticiparse a la rebelión popular”. Esta manera de independizarse preservando los lazos con el monarca se explica por este temor: “Un inmenso volcán está a nuestros pies. ¿Quién contendrá las clases oprimidas? La esclavitud romperá el fuego: cada color querrá el dominio” (Bolívar, en carta a Páez

de agosto de 1826). Camilo Torres, promotor del federalismo, “ideólogo de la revolución”, escribió *El memorial de agravios* (1809), en el que no hace referencia alguna a la insurrección de los Comuneros. Los criollos de las clases altas de la capital, como nos dice John Lynch, “permanecieron alejados, indiferentes a los intereses de sus inferiores; la igualdad que reclamaban era igualdad con los españoles, no con los mestizos”. La discriminación de los españoles con los nacidos en América, incluso si descendían de españoles sin mezcla alguna, llegaba al punto de llamar a estos criollos “manchados de la tierra”. En lugar de reivindicar el mestizaje, muchos presuntos criollos iban a los tribunales a hacer valer su pretensión de sangre blanca sin gota de mestizo o de mulato. Contra las tesis federalistas, inspiradas en el movimiento homólogo recientemente ocurrido en los Estados Unidos, los líderes centralistas se decían depositarios de la autoridad legítima, “conservadores de la autoridad legítima del monarca” (pág. 15), y como uno no comprende cuál puede ser esta “autoridad legítima del monarca”, se ve llevado a concluir que la llamada independencia no era tal, sino simplemente un cambio de gobierno, que pasaba de unas manos a otras.



Es extraño que Ocampo no cite a Simón Bolívar en todo el ensayo. Se